

Medio	Revista Mensaje
Mención	20-01-2012
Medio	Artículo de Marcelo Boeri, académico del Departamento de Filosofía. Escribe sobre la vida y obra de Alfonso Gómez-Lobos, académico recientemente fallecido.



SOCIEDAD | N

© CEP/2010

*In memoriam*

## Alfonso Gómez-Lobo (1940-2011)

Marcelo D. Boeri  
*Universidad Alberto Hurtado*

“A través de mi vida he querido ser un instrumento”.

En la mañana del 31 de diciembre de 2011, un día antes de cumplir 72 años, falleció el profesor Alfonso Gómez-Lobo, víctima de un cáncer que enfrentó con una admirable valentía y serenidad. Había nacido en Viña del Mar en 1940; comenzó sus estudios de pregrado en la Universidad Católica de Valparaíso, pero al poco tiempo ganó una beca para ir a estudiar a Atenas por un año. Regresó a terminar su pregrado en Valparaíso y luego se marchó a Europa. Cursó estudios en tres universidades alemanas (Tübingen, Heidelberg y München; en esta última y con poco menos de 30 años de edad obtuvo su doctorado en filosofía e historia antigua). Su carrera profesional lo llevó primero a Puerto Rico y, luego, a

Estados Unidos, donde enseñó en la Universidad del Estado de Pennsylvania y, más tarde, en la Universidad de Georgetown, institución en la que trabajó como profesor e investigador desde 1977 hasta su muerte. Durante su larga y fecunda carrera académica recibió varios premios, honores académicos y becas de estudio (Servicio Alemán de Intercambio, DAAD, Fundación Alexander von Humboldt, Fundación John Simon Guggenheim, Fulbright-Hays Travel Award for University Lecturing in USA, Interdisciplinary Program Pennsylvania State University, Prize for Contributions to Greek Culture, Embassy of Greece). En la Universidad de Georgetown llegó a ser Ryan Family Professor of Metaphysics and Moral Philosophy; entre 1982 y 1997 dirigió el Georgetown's Greece Program: cada año, Alfonso partía a Grecia con un grupo de estudiantes a leer a Platón (en el mismo sitio en que se encontraba la Academia en el s. IV a.C.) y los trágicos (en algún teatro griego de la época clásica). Entre sus actividades profesionales como filósofo también debe mencionarse su participación como The White House Member, President's Council on Bioethics. Fue un activo colaborador (como autor y como miembro del comité consultivo) de varias revistas especializadas en filosofía.

Entre 1975 y 2006 publicó varios artículos sobre diversos temas filosóficos en *Mensaje*. En una de sus últimas contribuciones se sumó a la discusión del "diálogo sobre la vida" (cf., "Embriones e individualidad", *Mensaje* vol. 55, n° 551, 2006).

## CREYENTE HASTA SU ÚLTIMO DÍA

Creo que, con las dudas normales de cualquier persona, Gómez-Lobo fue un creyente hasta su último día; no obstante, solía argumentar que el problema del comienzo de la vida humana no puede ser una cuestión religiosa, pues todo lo que dicen nuestras fuentes religiosas es anterior al conocimiento de ciertos hechos biológicos (básicos para nosotros, como la existencia del óvulo femenino). Alfonso creía vigorosamente que nadie puede oponerse a ninguna forma de investigación: buscar la verdad que ayude a curar a las personas es noble, admirable y éticamente recomendable. El problema es qué es lo que hacen los científicos en el proceso de dicha investigación; en el caso de las células madre adultas y embrionarias lo que sucede es que entre unas y otras hay una enorme diferencia: éticamente, no hay ningún problema respecto de la obtención de células madre adultas. En el caso de las células madre de embriones, en cambio, sí se plantean serias dificultades morales, pues en la actualidad no pueden obtenerse sin destruir intencionalmente embriones humanos.

Mi primer contacto con Alfonso fue a comienzos de la década del noventa, cuando visitó la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. En esa ocasión dictó una conferencia memorable (para mí) sobre la *Ética Nicomaquea* de Aristóteles. Poco tiempo después pude hacer una pasantía de investigación de un año en la Universidad de Georgetown para terminar de escribir mi tesis doctoral. Como otros, fui especialmente privilegiado en conocer no solo al estudioso y al filósofo (experto en filosofía e historia griega, en Gottlob Frege, en temas de ética contemporánea, de ética de la ley natural, y en bioética), sino también a la persona. Alfonso reunía un conjunto notable de cualidades (intelectuales y humanas, en el más estricto sentido de la palabra) y al momento de su muerte se encontraba en el punto más alto de su actividad intelectual. Consciente como estaba de la gravedad de su enfermedad y del poco tiempo de que disponía, no dejó, no obstante, de hacer proyectos y de seguir trabajando hasta el último momento.

A comienzos de 2011 reunió en Santiago a varias personas que trabajan en filosofía antigua para tratar de formar un grupo de lectura del *Sofista*, de Platón, en griego. Al presentar el texto, Alfonso hizo referencia al cambio de enfoque que se había producido en el siglo XX en la interpretación de ese diálogo gracias a los esfuerzos de los especialistas. Lo que omitió decir, por el pudor y la modestia que lo caracterizaban, fue que él había sido uno de esos estudiosos gracias a los cuales podemos hoy leer con mayor claridad ese crucial y difícil texto platónico. Sus artículos sobre el *Sofista*, de Platón, y sobre los *Segundos Analíticos*, de Aristóteles, fueron citados y discutidos por algunos de los filósofos y estudiosos de la antigüedad clásica más eminentes del siglo XX (entre ellos, H-G. Gadamer y J. Barnes).

En el último encuentro personal que tuve con él en su casa, en Santiago, le dije que su actitud ante el proceso que estaba atravesando me recordaba mucho la escena final del *Fedón* y que yo, como otros, me identificaba con Critón (que se pone de pie y se retira porque no puede contener las lágrimas) o con Apolodoro (que no había dejado de llorar en ningún momento): Alfonso era quien estaba sufriendo, pero la tragedia no era de él, sino de sus familiares y amigos, que lloraban al advertir de la clase de persona de la que quedarían privados. Mi comentario le causó un poco de gracia y dijo: "Pues seamos como Sócrates".

Quienes conocimos a Gómez-Lobo, ya sea personalmente o a través de sus escritos, siempre recordaremos su claridad expositiva, su elegancia y penetración filosóficas, pero también su simplicidad y, al mismo tiempo, agudeza en la formulación de las tesis y los argumentos.

Durante dos años fui parte de dos grupos de lectura de textos griegos dirigidos por Alfonso en Georgetown. Sus observaciones siempre eran estimulantes e iluminadoras, y revelaban no solo un conocimiento enciclopédico de los textos (que lo tenía), sino también una reflexión cuidadosamente meditada de los mismos. En muchas oportunidades me hizo notar mis errores y, en más de una ocasión, aceptó mis puntos de vista

y los de otros, después de examinarlos y convencerse de que eran correctos. Esto, sumado a su fino conocimiento de la filosofía griega y de la antigüedad clásica en general, ha sido para mí un ejemplo de sabiduría, humildad y honestidad intelectual. El encuentro inicial con Gómez-Lobo siempre podía ser un poco intimidante para alguien que comenzaba a incursionar en el pensamiento antiguo, pues al entrar en contacto con él uno no podía sino advertir de inmediato que las propias creencias respecto de lo que creía saber eran falsas o infundadas o, en el mejor de los casos, que lo que uno sabía era muy poco. Gómez-Lobo sin duda, a mi juicio, había incorporado el método socrático-platónico del examen de las creencias ajenas y propias. Pero esa autoridad que proporciona el saber nunca se convertía en autoritarismo en Alfonso y siempre se daba acompañada de su natural bonhomía. Sin perder el rigor intelectual y argumentativo que siempre exige un texto difícil, era capaz de divertirse, tanto con los argumentos de los filósofos que leía y discutía, como con sus propias interpretaciones, que revisaba permanentemente.

Hay otro aspecto de su personalidad y de sus talentos que merece mencionarse: Alfonso era un esteta. El rigor de la argumentación siempre era crucial, pero también lo era la manera de presentar dicha argumentación: con elegancia y claridad, es decir, con belleza. Se puede ser preciso y decir algo importante sin ser farragoso. Sus traducciones de Platón (*Critón*, *Eutifrón* y *Menón*) son una prueba clara de esto: son precisas en el exa-

men del texto y de los argumentos y, al mismo tiempo, acogen la belleza de la prosa de Platón.

## SU ÚLTIMA CARTA

En la última carta que varios de sus colegas, amigos y discípulos recibimos pocos días antes de su muerte, Gómez Lobo escribió: “A través de mi vida he querido ser un instrumento. Una vida dedicada al estudio es una vida en la que uno se convierte en un instrumento, de modo que otros puedan entender textos filosóficos, filológicos y teológicos difíciles... Que los bienes humanos y la felicidad estén con ustedes el resto de sus vidas”. Es un mensaje impactante y fuerte, que describe del modo más nítido y preciso al Profesor Gómez-Lobo. Su partida deja un vacío muy importante no sólo en el plano personal de todos aquellos que lo conocieron y compartieron con él algo de sus vidas, sino también en el de los estudios de filosofía griega y de ética. **MSJ**

Solía argumentar que el problema del comienzo de la vida humana no puede ser una cuestión religiosa, pues todo lo que dicen nuestras fuentes religiosas es anterior al conocimiento de ciertos hechos biológicos.

Sin perder el rigor intelectual que siempre exige un texto difícil, era capaz de divertirse, tanto con los argumentos de los filósofos que leía y discutía, como con sus propias interpretaciones.